

V Jornadas de Jóvenes Investigadores

Las formas de la protesta en diciembre de 2001

Autoras:

Bevilacqua, Lucía luli_88bevi@hotmail.com

Cascasi, Florencia florenciacascasi@hotmail.com

Domínguez, Verónica vmed68@yahoo.com.ar

Maciel, Mabel redhot_romi@hotmail.com

Maidana, Valeria valeriamaidana@hotmail.com

Puté, Paola pao_gisela@yahoo.com.ar

Instituto Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales. UBA

El equipo esta compuesto por alumnas y docentes de la materia Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales, Cátedra Masseroni, de la Carrera de Ciencia Política

Eje problemático: Protesta. Conflicto. Cambio

conflictoprotestaycambio@gmail.com

Resumen

La renuncia del presidente Fernando De la Rúa en el año 2001 fue precedida por jornadas de intensas manifestaciones que desafiaban la capacidad gubernamental del poder político al tiempo que se sentían los efectos de las políticas neoliberales de los años 90, una situación económica insostenible y la crisis del modelo político de la Alianza.

El interés del presente estudio es describir las percepciones de la gente sobre las formas que adoptó la protesta social que se desarrolló en este contexto. En tal sentido interesa describir las percepciones sobre los cacerolazos, marchas y protestas, asambleas barriales y saqueos desarrollados a fines del 2001; la composición social y las características particulares de cada protesta. Para responder a estas inquietudes se llevaron a cabo 41 entrevistas semi estructuradas y 167 encuestas entre hombres y mujeres de 35 a 45 y 55 a 65 años residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

El estudio evidenció que el 2001 marcó una ruptura en la forma de expresión de la ciudadanía en momentos de descontento social, y dio comienzo a un proceso de naturalización de la protesta lo que incluyó una redefinición e inclusión de nuevos actores.

Introducción

“La sociedad argentina (o por lo menos una considerable porción de ella) lleva casi dos meses en virtual estado de rebelión social”. Así comenzaba la editorial del diario la Nación

del día 17 de febrero del 2002 y continuaba “(...) *Todos los días, grupos de personas más o menos nutridos salen a las calles a golpear las cacerolas o a expresar por cualquier otro medio su contundente deseo de que quienes ejercen los poderes del Estado abandonen de inmediato sus cargos. Lo más grave es que no se puede decir que sus reclamos sean inútiles o inoperantes*”.

Desde un punto de vista sociológico, las formas de participación de diciembre del 2001, involucraron diversos niveles de acción, actores y formas de organización colectiva. Tal como expresa Mario Rapoport “(...) *sus protagonistas fueron los estratos medios y las franjas más empobrecidas de los sectores populares, en una protesta social mayoritariamente expresada por fuera de las organizaciones sociales y políticas*” (2007:892)

Durante los meses previos a la renuncia del presidente Fernando De la Rúa, Argentina vivía unas jornadas de intensas manifestaciones, que desafiaban a la capacidad gubernamental de quienes en esos momentos representan el poder político. En este sentido, lo interesante del 19 y 20 de diciembre es el surgimiento de nuevos actores sociales y la expansión hacia sectores y ámbitos antes no movilizados, asociados con nuevas formas organizativas y de protesta. Así como también, la particularidad de evitar la intervención y la dominación de los partidos políticos. (Cafassi 2002:62-63). Las habituales críticas a los piqueteros se transformaron en “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, configurándose una noción de “pueblo” que logra potenciar los factores de unión y atenuar los elementos diferenciales. No obstante, como se verá más adelante, no pasaron muchos meses para que el humor social manifieste un cambio, y esas demandas se pierdan en el vacío.

El interés del presente estudio es describir las percepciones de las personas en cuanto a las formas de protesta social que se llevaron a cabo durante la crisis del 2001, es decir, caracterizar, ocho años después, las formas en que los individuos han configurado los modos de protesta y los sectores involucrados en ellas. Por esta razón, analizaremos las percepciones de los individuos como procesos de construcción social en los cuales el sujeto capta e interioriza su entorno. Lo que se analiza, codifica y produce es la representación que el individuo recrea de un objeto o hecho concreto preexistente en su memoria.

A fin de describir las percepciones que los individuos tienen de lo acontecido en 2001 se recurrió a un abordaje combinado. Desde lo cuantitativo se realizó un primer acercamiento al tema, lo que permitió comenzar a visualizar las formas que asumen los recuerdos y percepciones de lo sucedido a finales de 2001 y principios de 2002. Estas cuestiones fueron luego indagadas y profundizadas en las entrevistas en profundidad, brindando la posibilidad

de reconstruir las diferentes percepciones acerca de las formas de manifestación de la protesta en esa época.

El relevamiento supuso un acercamiento retrospectivo, por lo que se apeló a los recuerdos que los individuos conservan de los sucesos estudiados. Esto implica que lo que se reconstruye está moderado por los procesos propios de la memoria que resignifica el pasado desde el presente.

Es importante resaltar, que los datos con los que aquí se trabajan fueron producto de una práctica pedagógica en el marco de la materia Técnicas de la investigación en Ciencias Sociales, de la Facultad de Ciencias Sociales. Los alumnos llevaron a cabo 167 encuestas y 41 entrevistas en profundidad a hombres y mujeres de 35 a 45 y 55 a 65 años residentes en Capital Federal y Gran Buenos Aires, durante los meses de mayo y junio de 2009.

La crisis de 2001 y la protesta social como acción colectiva

Las grandes crisis definen momentos históricos en los cuales, tal como expresa Antonio Gramsci, *“lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”*. De esta ambigüedad e irresolución surgen sensaciones confusas derivadas de una comparación entre el pasado y el futuro; comparación en la cual el presente es percibido como miseria y drama, al tiempo que el futuro aparece como angustia e incertidumbre.

La crisis del 2001 se desencadenó el 29 de noviembre de ese año, cuando los grandes inversionistas comenzaron a retirar sus depósitos de los bancos. Al colapso del sistema bancario, por la fuga de capitales; se sumó una situación económica insostenible, con amplios sectores de la población bajo la línea de la pobreza; generándose así las condiciones que dieron lugar a las protestas sociales del 19 y 20 de diciembre.

De acuerdo al relato de los individuos entrevistados, el período inmediatamente previo a diciembre de 2001, es percibido como un momento límite, que se estructura alrededor de una crisis económica y de un conjunto de factores negativos que imposibilitan la continuidad de un orden social. El comienzo de la situación crítica se vincula con la renuncia del vicepresidente Carlos “Chacho” Álvarez, el 5 de octubre de 2000, hecho que aparece a su vez asociado, con la cristalización de una corrupción política en un gobierno que empieza a ser cuestionado:

“ (...) la huida cobarde de Chacho Alvarez, sin decir cómo había sido el problema de la Banelco y cada una de las cosas vino trayendo el estallido final de diciembre del 2001, con una serie de personajes que quisieron defender lo indefendible (...) se hablaba de un

gobierno sumamente ético, distinto a los anteriores y se descubre que para sacar una ley ponen una tarjeta (...) es una vergüenza”(Entrevista 16)

Las protestas de diciembre de 2001 supusieron la manifestación de un cambio del cual los actores se sentían parte y se visualizaban a si mismos como protagonistas directos y unidos.

Por protestas sociales entendemos las formas de acción colectiva que requieren la participación cooperativa de al menos dos individuos para su realización, sin necesidad de que exista un acuerdo anterior. La protesta social es concebida, pues, como un recurso político. En tanto ruptura del orden establecido “(...) *puede ser una revolución, una revuelta con consecuencias institucionales, puede ser un estallido y no ir más allá (...) o puede sencillamente volverse una forma rutinizada de la acción política o social, dando lugar a una normalización de un espacio de representación informal*”. (Schuster 2005:43, 77).

Resulta interesante descubrir que muchos entrevistados han identificado a diciembre de 2001 como una *liberación* en tanto supuso, por un lado, la participación ciudadana en una situación que se percibía como agobiante y, por otro, la inserción de los sujetos en espacios antes negados. “(...) *el grito de que se vayan era unánime, un sentimiento mas que una consigna, era fuertísimo eso. Había una sensación de hastío, de agobio, pero a la vez de liberación en el sentido de que vos haces algo y producís un hecho, hay un resultado*” (Entrevista 28) “*En ese momento creo que sentí como que bueno, había un despertar. No un cambio profundo, pero un despertar, unas ganas de hacer las cosas distintas, de pelear por una Argentina mucho más solidaria, de darse cuenta que había pasado en la década del noventa y no repetirlo*” (Entrevista 37).

Más allá de estas opiniones, es posible inscribir los acontecimientos de diciembre de 2001, dentro de un proceso creciente de movilización social. Durante la década del 90’, los piqueteros o fogoneros se constituyeron en la expresión de la protesta social, en una Argentina caracterizada por la implementación de políticas neoliberales, altos niveles de desocupación y desigualdad social. Hacia el final de esos años estos movimientos –al comienzo aislados- se consolidaron como una forma de manifestación de los reclamos a nivel nacional.

No obstante, los acontecimientos de diciembre de 2001 no supusieron la conformación de un movimiento social o político perdurable, lo cual no implica ignorar la relevancia de los mismos en tanto manifestación de control ciudadano y reapropiación del espacio público por parte de una multiplicidad de sujetos, que comienzan a percibir al mundo como una realidad compartida. En efecto, “*bajo las condiciones de un mundo común, la realidad no está garantizada principalmente por la naturaleza común de todos los hombres que la constituyen,*

sino más bien por el hecho de que, a pesar de las diferencias de posición y la resultante variedad de perspectivas, todos están interesados por el mismo objeto”. (Arendt, 1995:66-67)

Nuevos actores y nuevos espacios

Las protestas sociales no se dieron en un vacío y de forma aislada sino que más bien se materializaron en aquellos terrenos que constituían una suerte de puntos estratégicos y, a su vez con una carga simbólica particular.

Lo que introduce la dimensión pública de la protesta es la posibilidad de diálogo con el otro, es decir, a partir de un discurso público. Discurso que sólo puede gestarse en el espacio compartido (Pereyra, 2009). Por otro lado, siguiendo al mismo autor, la protesta en el marco del espacio público gana en visibilidad. Es en parte a partir de esta visibilidad que los entrevistados han construido sus recuerdos sobre la crisis de 2001 y los reactualizan hoy.

Las protestas que terminaron con el gobierno de Fernando de la Rúa, se dieron a través de la apropiación del espacio público como escenario propicio para mostrar acciones diferenciales cuyo objetivo era configurar un colectivo indivisible y unificado, tendiente a la autorepresentación.

“...Convulsión, desazón, eh... bronca. Y bueno, sí, yo vivía en Olivos, eh... cuando renuncia De la Rúa.....a... a cacelorear en la quinta. Estuve en la puerta, estuve cortando la avenida y formé parte de esa gente.” (Entrevista 2. Pag 4)

Muchos entrevistados hacen referencia a la diversión y al goce que experimentaron ese día, en tanto el espectáculo observable se confunde con una celebración contagiosa, que a su vez revela cierta complicidad social. *“(...) fui con Hugo por Avenida Santa fe y la gente estaba con alegría haciéndolo porque se sentía unida a otro ciudadano”* (Entrevista...) *“Y era todo como... como una fiesta en ése momento, como decir “qué bueno, estamos participando de un cambio social... en la Argentina (...). Al día siguiente renuncia Rodríguez Saá, y era como que sentíamos “uy, qué bueno, pudimos derrocar a un presidente”* (Entrevista 29)

Para otros entrevistados el espacio devolvía una imagen caótica e impredecible, signada por la represión estatal y la violencia colectiva. *“Esto estuvo a punto de ser una guerra civil, y a mi nadie me lo saca de la cabeza. Porque realmente, no intervino ninguna fuerza del orden, salvo en Plaza de Mayo, pero en los demás lugares, la policía no intervino. Yo lo viví, éramos nosotros contra los otros y defendernos.”* (Entrevista 13) *“(...) digo al ver las imágenes de los enfrentamiento de la gente con la policía, los muertos, los saqueos, ver todo*

ese caos era tremendo, ahí si tuve mucho miedo, porque sentía que iba cada vez peor el tema. Todo lo que se podía ver tenía un panorama bastante trágico” (Entrevista 14)

Dentro de este grupo se observa una combinación de hartazgo y miedo:

“En esos días a mí me conmovía la plaza llena de gente y yo no me animaba a ir.¿Por qué? A:¿ Tenías miedo? B: Y sí... tenía miedo y no a la violencia de la gente sino desde el gobierno” (Entrevista 33. Pag5)

El espacio público se revela así como un escenario de expresión comunitaria que facilita la coordinación de acciones diferenciales donde la emergencia de una subjetividad popular conciente de su unidad se presenta como un episodio inusual resultante de la no pertenencia a un “afuera”, un “no yo” que permite a una sociedad alcanzar el pleno sentido de su cohesión; en tanto que respecto al elemento excluido (el poder político), las diferencias logran atenuarse. Los individuos dejan de distinguir las nociones de “grupo” y “yo” para comenzar a ver un “principio de unidad”. Todos se sienten parte de algo que los une frente al elemento excluido y responden unidos en un espacio público (Mangonnet 2009:8).

Por tanto, las manifestaciones propias de diciembre de 2001, involucraron a una multiplicidad de actores sociales con estructuras históricas e intereses divergentes, que lograron atenuarse, no obstante, gracias al surgimiento de una subjetividad popular que logra articular un sistema de significación compartido, en torno a la configuración de un enemigo común: el poder político. Así, tal como expresa Svampa: “ (...) *la acción se piensa desde la ruptura respecto de la política representativa, oscilando entre la creatividad y el vacío.*” (2002: 14)

En *“la fractura (...) se da la experiencia de una falta, una brecha que ha surgido en la continuidad armoniosa de lo social. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente. Esto es decisivo: la construcción del “pueblo” va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente” (Laclau, 2005:113).*

La vida política se percibe como impredecible, signada por un poder que comienza a presumirse como ilegítimo e incapaz de ejercer sus funciones.

“...en los medios se profundizaba la tensión y los ciudadanos comunes no entendíamos que era lo que se estaba gestando, aunque se entendía que el gobierno parecía ausente, sin poder dar solución a los problemas(...) (no) imagine que De La Rúa iba a ser tan débil como subirse a un helicóptero e irse (...) éramos un pobre pueblo a la deriva, gobernados por gente inepta (Entrevista 18) “(...) la figura de De la Rúa no venía muy sólida y se iba perdiendo en todo momento...daba como una sensación de desgobierno, de falta de carácter...de incapacidad...hasta se hacían burlas con eso...lo imitaban, lo ridiculizaban

mostrándolo como alguien totalmente dubitativo...y bueno...se lo tomaba un poco a broma” (Entrevista 41) “Yo no veía el momento que renuncie, tanto la parte del presidente como la parte del ministro de economía, no pegaban una. Todos estábamos esperando un cambio” (Entrevista 3, página 2)

Que se vayan todos: la ruptura del pacto social.

La bronca y la desconfianza aparecen entonces relacionadas con una sensación de “desgobierno”, “vacío de poder”, en donde Domingo Cavallo y Fernando De la Rúa resultan ser los personajes políticos más desprestigiados en la memoria colectiva.

Lo anterior nos permite concebir a los acontecimientos del 2001 como una ruptura entre representados y representantes en donde la presencia de un descontento generalizado con respecto a la dirigencia política, aparece traducido en un solo grito concentrador de un clamor masivo.

El “que se vayan todos” se estructura entonces, como el elemento aglutinante de una diversidad de protestas, elemento a partir del cual, fuerzas sociales con esencias y orígenes dispares, logran constituirse en una unidad que se configura, paradójicamente, en virtud de la no-pertenencia a una clase política cuestionada.

“Además de los que estábamos en la puerta había vecinos, y todos los que pasaban también protestaban, era una protesta masiva (...) recuerdo la bronca de la gente. Mucha indignación y bronca. Parecía que estábamos todos unidos (risas)... (...) me sorprendió ver a la clase media con los piqueteros (...) pero bueno algo tenía que pasar. La gente se canso y exploto, no daba para más” (Entrevista 15, páginas 4 y 5)

“La gente se comunicaba uno con otro... era interacción constante. Imperaba la bronca y esa bronca llevaba a hablar con gente que sino no interactuabas. Mucha, mucha “complicidad social”. (...) el grito de que se vayan era unánime, un sentimiento mas que una consigna, era fuertísimo eso. (El que se vayan todos) fue totalmente legitimo y (se) expresaba en términos de cohesión social, porque aglutinó multitudes...” (Entrevista 28, página 5)

La noción de pueblo aparece como una momentánea resolución de la tensión generada por sectores sociales visiblemente diferenciados, en donde se conforma una única acción social que cuestionará la institucionalidad estatal existente, mediante nuevas formas de erigir lo público-político.

Las movilizaciones populares tendientes al “que se vayan todos” nos fuerzan a realizar algunas reflexiones referidas a las razones de escasa durabilidad de las protestas

Según Laclau la falta de perdurabilidad de este tipo de manifestaciones se funda en la incapacidad de las relaciones equivalenciales en superar la mera sensación, esto es, la ausencia de un sistema homogéneo de significación destinado a efectivizar lo “simbólico” en lo “real”. Así, esta nueva subjetividad popular (en tanto unidad de lo diferencial) puede llegar a diluirse, constituyéndose como una totalidad fallida, como una plenitud inalcanzable.

En el caso de las protestas de 2001, su escasa duración en el tiempo puede explicarse como resultado de la percepción de una mejora económica relativa en alguno de los involucrados; o de la incapacidad de conformar un sistema simbólico estructural perdurable. De esta forma, cuando el sistema institucional comenzó a absorber las demandas insatisfechas de modo diferencial (esto es, cada una por separado) la ruptura del distanciamiento que se había producido entre el poder político y la población en general dejó de tener sentido y empieza a revertirse:

“(…)se retomó el trabajo, lentamente se fueron recuperando posiciones y...y...la gente se fue olvidando del “que se vayan todos” y del lío, porque el caos o el desorden no le gustan a la mayoría de la gente. Los que siguieron haciendo lío fueron los piqueteros y las organizaciones políticas...pero la gente en general se retiró a su casa volviendo a intentar tener tranquilidad.” (Entrevista 26, página 6)

¿Cómo entender esta incapacidad? En el relato de los entrevistados es la propia naturaleza de las clases medias la que aparece como el principal elemento obstaculizador en la afirmación de la sociedad como protagonista:

“...Hubo llegado el caso un momento de coyuntura donde dos voces pudieron amalgamarse por un rato, pero era obvio que se iban a fracturar porque son dos protestas completamente distintas. La clase media es conservadora, por definición. Entonces, donde la clase media... y que fue lo que hicieron Duhalde y Kirchner después... les otorgaron tranquilidad y la cosa se calmó.”(Entrevista 4, páginas 9 y 10)

“No pasó nada al final, porque es el humor de la clase media, es típico del humor de la clase media argentina. Cuando se ven afectados sus intereses se moviliza. Como la clase media no es revolucionaria, busca la estabilidad porque es mejor para sus intereses. Entonces cuando vuelve todo a la normalidad en el sistema, es donde se olvida el que se vayan todos” (Entrevista 12, página 3)

En efecto, ya Gino Germani consideraba al crecimiento de las clases medias como uno de los factores estabilizadores principales de la modernización social. De esta forma argumentaba: *“aunque el surgimiento de los estratos medios fue habitualmente considerado como un factor favorable para la modernización, en la actualidad se reconoce que una vez*

que estos sectores alcanzan cierto grado de participación social y política, disminuyen considerablemente en su propensión reformista a medida que van siendo más absorbidos por el sistema” (1969:89).

La volatilidad de las acciones parece explicarse, según los entrevistados, por la ausencia de un modelo de pensamiento tendiente a un mayor compromiso civil. Pareciera ser que lo característico de nuestro tiempo es lo que Paul Virilio denomina la democracia de la emoción, donde “(...) *las grandes rupturas ocurren por revelaciones accidentales y no por revoluciones provocadas*” (2005:9)

Las formas de protesta acontecidas en diciembre del 2001 supusieron la participación de diversos estratos sociales involucrados que lograron atenuar sus diferencias en torno a constitución de un “enemigo en común”. No obstante, este nuevo protagonismo social no presumió una verdadera revolución en la forma de instituir lo político, sino tan sólo una situación de confrontación entre lo instituido y lo destituyente, que no alcanzó a convertirse en un nuevo instituyente:

“(El que se vayan todos) es una consigna, un grito de guerra en el sentido de espasmódico, no es un programa de acción (...)” (Entrevista 28, página 5)

“Yo creo que este es un país donde nos olvidamos muy pronto de todo lo que hemos pasado (...)el periodismo nos dirige, nos impusieron el “que se vayan todos”, alguien lo largo, se desarrollo y se fue. Los mismos que están hoy, son los mismos que queríamos echar teóricamente con el “ que se vayan todos”, y sin embargo hoy vamos a ir a votar a la misma gente (...)” (Entrevista 16)

Cacerolazos y saqueos: la construcción de una dicotomía

Durante los días 19 y 20 de diciembre, fuimos testigos de la emergencia de una novedosa forma de acción colectiva: los cacerolazos. Consideramos a los mismos como una de las formas particulares que tomó la protesta social, con un contenido propositivo muy vago. Esto implica que bajo el mismo objeto simbólico de expresión, se permite la participación de vastos sectores sociales, sin distinción de edad, experiencia, sexo, sector social o preferencias políticas. Las cacerolas por su composición metálica, producen un fuerte ruido, ruido que fue utilizado como expresión de las demandas insatisfechas. La importancia simbólica de las cacerolas, radica en que luego de pasados los acontecimientos de diciembre, las mismas y su ruido adquirieron el rol de simbolizar, en diferentes ocasiones, los reclamos de los ciudadanos

frente al Estado, convirtiéndose en un instrumento político que aglutinó a sectores sociales heterogéneos.

Desde el momento en que el poder político ya no desempeña su rol institucional de conciliar la diversidad de intereses coexistentes, se configura la circunstancia propicia para la ruptura del contrato social vigente, en tanto el poder ejercido y delegado ya no se percibe como representativo ni legítimo. En este sentido, puede pensarse que fue precisamente el propio Estado quien facilitó la emergencia de un sentimiento colectivo conciente de su propia fuerza: *“y la gente que sabe que la cacerola asusta casi tanto como un rifle y en realidad esa que se vayan todos” es “estamos hartos de los mismos políticos de siempre, de las mismas promesas incumplidas y de seguir sin trabajo y sin poder mirar hacia el futuro con esperanza”*. (Entrevista 40. Pág. 4)

En la voz de los entrevistados¹ aparecen tres posturas claramente diferenciadas respecto de quiénes conformaron este tipo de protesta, es decir qué sectores sociales “se adueñaron” de las cacerolas. Estos argumentos van desde quienes reconocen en los cacerolazos de 2001 un hito histórico que permitió converger a diferentes grupos sociales bajo un mismo reclamo, hasta quienes los conciben como un espacio distintivo de clase media.

Por un lado, aparecen algunos entrevistados que sostienen que los cacerolazos permitieron conjugar a amplios sectores sociales con reclamos convergentes: *“Era una crisis argentina, no de un sector,...aunque se asocia mucho a una crisis de clase media pero era una crisis de todos los argentinos...del pueblo (...) creo que [la clase media y la baja] estaban bastante unidas ¿no?”* (Entrevista 22, páginas 5 y 8)

“...todo el mundo salió porque nos metieron una mano en el bolsillo a todos... Y era toda gente común, y fue una de las manifestaciones que verdaderamente no fue politizada, fue la gente. [...] Aparte salían por los barrios.” (Entrevista 32, páginas 3y4)

Por otro lado, aparece una postura intermedia que reconoce ciertas fracturas en este planteo: *Yo creo que hubo un poco de todo. Ahora esto de “salieron porque les tocaron el bolsillo”, y, algunos sí. Y otros no. Y los que salieron porque les tocaron el bolsillo bueno, al menos salieron...* (entrevista 37, página 5)

Y por último, adquieren más fuerzas las voces que identifican éstas protestas como una expresión exclusiva de la clase media urbana. *“...El cacerolazo fue toda la clase media. La clase como nosotros”* (Entrevista 13. Pág. 4); *“los cacerolazos creo que fue algo espontáneo*

¹ Es importante señalar que dadas las características propias de un muestreo intencional, en el marco de una práctica pedagógica, tanto los encuestados como los entrevistados son personas con ocupaciones típicas de clase media y un nivel educativo que para el 88% de los encuestados supera el secundario completo.

sin duda de la clase media” (Entrevista 2, Pág. 3). En este punto, al asociar una forma de reclamo, como son los cacerolazos, a un sector social como es la clase media, se construye un “nosotros” que se desvincula y diferencia de los sectores populares: *“No salieron juntas, la clase media marchaba por Santa Fe y la clase baja saqueaba los supermercados. No salieron juntas”*(entrevista 39, página5)

Los entrevistados que entienden a esta forma de protesta como una acción de clase media, construyen una argumentación sostenida en el siguiente eje: cacerolazos de clase media versus piquetes de clase baja, y es dentro de esta línea de razonamiento donde aparece una nueva dicotomía: el carácter espontáneo o dirigido de la protesta. *“...yo no me olvido nunca que empezaron los saqueos... ese activismo que había no fue espontáneo. Lo que fue espontáneo fue el cacerolazo.”* (Entrevista 13. Pág 4)

Tradicionalmente, las movilizaciones sociales han estado vinculadas a algún tipo de organización previa, y bajo la dirección de un actor político y/o social que detente algún tipo de poder. Para los entrevistados, la particularidad de los cacerolazos radica en el carácter espontáneo de la protesta social y el rechazo a la intervención y dominación de partidos políticos. *“...hasta donde yo pude percibir, se movilizaba espontáneamente. Esto no fue algo empujado, o por lo menos no la gente que yo vi pasar, no sé cuánto tiempo, horas, por delante de casa, a la noche.”* (Entrevista 37 Pág. 2)

“Bueno el 19 y el 20 evidentemente hubo una manifestación espontánea de la clase media que fue las famosas cacerolas, los cacerolazos creo que fue algo espontáneo sin duda de la clase media, eh...” (Entrevista 2. Pág. 3)

“la gente salió a la calle y yo creo que esta vez nadie, nadie los convocó, fueron autoconvocados, la gente salió espontáneamente a la calle a defender su bronca”(Entrevista 3. Pág. 3)

A diferencia de los cacerolazos, los saqueos son percibidos como “dirigidos”, “manejados”, “organizados”. Vale decir, aunque son también formas de acción colectiva y de protesta social no parecen responder a la misma lógica que los cacerolazos, o las asambleas barriales.

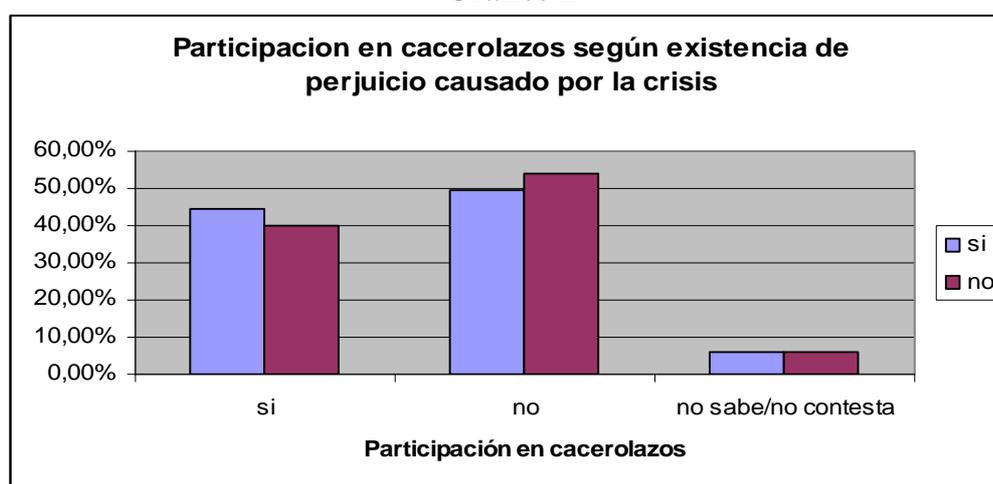
“...algunos rehenes muy pobres orquestados por, bueno, la gran mafia del conurbano bonaerense, léase Eduardo Duhalde (...) ...los saqueos, que para mí fueron organizados, y hasta creo, quizás suene un poco aventurado, pero que algunos correligionarios de De la Rúa tuvieron mucho que ver...” (Entrevista 2. Pág. 4)

"Bueno...los medios manejaron la situación.... Hasta pienso que alentaron saqueos" (3)
"No hubo una guerra civil como se quiso plantear. Tampoco saqueaban a cualquiera. Hubo saqueos, generalmente armados previamente. No más que eso." (Entrevista 7. Pág. 3)

Mangonnet explica la espontaneidad y la desafección política por dos factores: en primer lugar, un proceso de profundización de la desconfianza y tensiones en la relación representantes-representados, y en la emergencia de otro actor social, cuyos intereses estaban en contradicción con el gobierno. (2009:8). "...es decir, una persona de clase media, familia típica, no se mete en política, había llegado tan alto el nivel de conflictividad, que esos sectores empezaban a participar. Eso recuerdo, el malestar era tan grande que había empujado incluso a estos sectores a la calle." (Entrevista 28 Pág. 3)

Asimismo, podría pensarse en la existencia de un tercer factor: la posibilidad de que el perjuicio económico provocado por la crisis empujara a esta participación espontánea en los cacerolazos, entre los entrevistados aparece con frecuencia la idea de que "...todo el mundo salio porque nos metieron una mano en el bolsillo a todos" (Entrevista 32, Pág. 3). Sin embargo, como se observa en el gráfico a continuación, al analizar los datos de la encuesta, encontramos que de las personas que participaron en los cacerolazos (43,4% de los encuestados) no se evidencian diferencias significativas entre quienes mencionaron haber sufrido un perjuicio económico como consecuencia de la crisis y quienes no.

Gráfico 1



Fuente: Encuestas realizadas por alumnos de la Cátedra Masseroni. Facultad de Ciencias Sociales. Mayo-abril 2009.

Al reconstruir las percepciones de este grupo de entrevistados, tenemos por un lado a la clase media que elige los cacerolazos como forma de protesta, la que a su vez se caracterizó por la espontaneidad de su convocatoria, y por el otro, a la clase baja que llevó adelante

saqueos pero que, a diferencia de los anteriores, fueron organizados o manejados por algún otro actor: partidos políticos o incluso medios de comunicación.

De este modo, se evidencia el punto diferencial en el que los entrevistados se separan a sí mismos de otros sectores sociales, y esa supuesta unidad de la protesta pasa a un segundo plano. *“La clase media era la que (...) tenía la posibilidad, por los recursos y el nivel de educación, de encararlo por otro lado. Los pobres tenían que ver como comían, entendés? Ahí veo yo la diferencia, no estaban reclamando ahorros que les retuvo un banco, era una cuestión de necesidades mucho más básicas como siempre pasa”*. (Entrevista 22. Pág. 5)

“Una de las canciones era “piquete y cacerola, la lucha es una sola”... (...) Y era muy ficticia, porque en realidad el piquetero y los movimientos sociales estaban luchando porque ciertamente estaban muy mal, no había planes sociales, y los que había eran malísimos, y la clase media estaba peleando porque les habían secuestrado la plata del banco. O sea... son dos cosas totalmente diferentes: uno tenía para comer todos los días y el otro no. Y ahí había un abismo, porque los de clase media no era que querían que los otros tuvieran trabajo, o sea, eran dos protestas totalmente diferentes” (Entrevista 4. Pág. 9)

Estas diferencias que marcan los entrevistados entre una y otra forma de reclamo permite que se configure una percepción del “otro” sustentada en el miedo. Este es el sentimiento que emerge entre los entrevistados al rememorar situaciones de saqueo: *“Me asuste muchísimo, no se podía estar en la calle, me daba miedo, el terror por los saqueos, todo era un caos, una supuesta guerra civil”* (Entrevista 10. Pág 2)

“al ver las imágenes de los enfrentamiento de la gente con la policía, los muertos, los saqueos, ver todo ese caos era tremendo, ahí si tuve mucho miedo, porque sentía que iba cada vez peor el tema. Todo lo que se podía ver tenía un panorama bastante trágico.” (Entrevista 14. Pág. 1)

El caos, el desorden, ver a ese “otro” ocupar y llenar el espacio público genera temor y remite en los entrevistados al miedo a lo desconocido, incluso la propia gente, esa misma gente que las consignas buscaban unificar (piquete y cacerola...).

“me acuerdo de los saqueos, me acuerdo porque me daba miedo salir de mi casa porque uno no sabía si cuando volvía la iba a encontrar saqueada o la iba a encontrar en buen estado...” (Entrevista 23. Pág. 2)

“...te da miedo a la gente. A dos cuadras de casa había un gran supermercado. Se junto multitud de personas, ya estaban por saquearlo, y la gente estaba para llevarse puesto todo, me quedo mirando, sale el gerente a negociar los alimentos, la situación es muy fea, ves hasta dónde es empujado el ser humano...” (Entrevista 28. Pág. 7)

Si bien el miedo aparece casi siempre ligado a ese “otro” que se representaba bajo la figura de los saqueos y quienes los realizan, en una de las entrevistas se lo vincula de manera diferente, asociándolo al poder del Estado: *“En esos días a mí me conmovía la plaza llena de gente y yo no me animaba a ir.¿Por qué? Y sí... tenía miedo y no a la violencia de la gente sino desde el gobierno”* (Entrevista 33. Pág. 5)

Las asambleas barriales y el voto como formas de participación democrática

A través del análisis de los datos cuantitativos puede observarse que si bien el 48% de los encuestados cree que la situación del 2001 representó la peor crisis de la historia argentina (seguida por la hiperinflación de 1989), una proporción similar de personas (45%) sostuvieron que la democracia se encontraba debilitada, pero no en peligro. En contraposición, un 22% de los encuestados creyó que la democracia estuvo en inminente peligro; situación que también aparece en las entrevistas vinculada a golpes de estado, e intervenciones militares: *“Entonces yo estaba pensando que esto podía pasar y en cierta forma yo decía que apelen a las elecciones o que renuncie De la Rúa, pero que se haga vía institucional, no que salgan a la calle, porque salir a la calle era...estaba mal pensé si ya con militares esto era caótico, imagínese un golpe civil que hacemos...”*(Entrevista nº6 Pág. 4)

Grafico 2



Fuente: Encuestas realizadas por alumnos de la Cátedra Masseroni. Facultad de Ciencias Sociales. Mayo-abril 2009.

Paralelamente, otro 20% de los encuestados percibió esta situación de crisis como una circunstancia histórica y social que permitió que la democracia argentina se viera fortalecida por la acción de la gente. En este sentido, las asambleas barriales construyeron su significado

y se esgrimieron como una alternativa válida de canalización de reclamos y la ilusión de una inserción del ciudadano en la vida política deliberativa. “...y fue durante la aparición de las asambleas, era como que a nivel mediático eran vistas como la capacidad del pueblo...” (Entrevista N° 4. Pág. 8).

Las asambleas pueden considerarse como esos espacios de “...reinserción de la ciudadanía en estado deliberativo y decisional” (Cafassi 2002:101), en momentos donde está abierto un proceso de construcción de contrapoder, de creación de espacios participativos y de apropiación territorial.

Esta forma de protesta social, fue parte de la expresión de un rechazo parcial a las vías de representación tradicionales para la canalización de los intereses ciudadanos, e intentó construir una forma distinta de protagonismo político. Los espacios generados en las asambleas buscaron el cambio de las jerarquías políticas tradicionales, cuando dicho objetivo comienza a esfumarse y se da lugar al surgimiento de ciertos liderazgos, las asambleas van perdiendo su razón de ser.

Si bien entre los encuestados no existió prácticamente participación en las asambleas barriales de esa época (sólo el 0,6% lo hizo), en general, son recordadas como un espacio positivo donde poder discutir y debatir cuestiones políticas, sociales y económicas. “*Eran buenas, muy buenas a mi me gustaban mucho...*”. (Entrevista N° 19. Pág. 5.)

Emerge la idea de algo que podría haber sido interesante, pero no pudo concretarse: “...pero como alternativa política les faltaba, no sé si podría manejar un país con ese sistema” (Entrevista N° 19. Pág. 5.). Estos intentos de construcción de espacios de democracia participativa fueron cooptados –según los entrevistados- por lo que asocian a esas viejas formas de participación política contra las que se había instalado el reclamo en esa época.

“*No, me parecen una cosa imposible las asambleas barriales, y por eso duraron lo que duraron. Porque en poco tiempo cada una tenía un liderazgo y una participación que las hizo desaparecer.*” (Entrevista N° 1, Pág. 4-5).

“*Mirá, en Caballito se empezaron a hacer como en todos los barrios y con Claudio, mi marido, fuimos una o dos veces a la que se hacía acá cerca del parque Rivadavia. Pero me da cuenta que no, que no íbamos ni para atrás ni para adelante porque había gente política que manejaba la situación*”. (Entrevista 37, pag 5)

Surge del análisis de las entrevistas, otra forma que puedo asumir la protesta en medio de esta crisis: el voto como una manera de expresión y participación democrática, como un modo de hacer sentir un rechazo a un modelo y a una manera de hacer política. “*Yo no creo que un*

gobierno se tenga que ir por un cacerolazo, se tienen que ir por otros motivos. No me parece válido como un medio,...un medio de protesta. Me parece que protestar se tiene que protestar en las urnas (Entrevista N°1.Pág.4) Al mismo tiempo que se subestima la manifestación en sí al no interpretársela como una forma demasiado efectiva para que los cambios exigidos se concreten, aparece como alternativa la posibilidad de votar en blanco o no participar en las elecciones. Esto es interpretado por los entrevistados como una forma de rechazo, de expresión de hartazgo y de búsqueda de cambio. *“Y bueno una forma de se hacer que se vayan seria el no votando. O sea, el voto en blanco siempre es negativo, o sea, el voto en blanco siempre es para el pueblo. Siempre es para el gobierno”*(Entrevista 16, pág 7)

“...en las elecciones cuando la gente ponía cualquier cosa dentro del sobre menos la boleta de algún partido político.” (Entrevista 23, Pág 4)

Entonces, el voto aparece como una opción posible tanto para la manifestación del rechazo y castigo a una situación existente, como para la elección de un modelo diferente de construcción política. Pero al mismo tiempo que se plantea el voto como una opción a la protesta, emerge la idea de una oportunidad perdida, de un cambio que pudo haberse concretado y no se realizó.

“...ir a protestar a la calle no tiene sentido no sirve de nada (...) Debería haber otra manera... ¿Cual seria, a tu entender?... Uhhh no se no soy un experto en esto.....pero creo que el voto, el indagar mas en las protestas y afinar la puntería al votar; ayudaría mucho. (...) miras la tele hoy y siempre aparecen los mismos, no se fue nadie, pero ojo... ehhh la gente tampoco cambió su voto, es cómplice. Vuelvo a lo que te decía recién, hay que ver bien a quien se vota antes.” (Entrevista 36. Pág 3y4).

No es que no sirvió...pero no sirve protestar, quemar bancos, y luego entrar nuevamente en el letargo político, votar a los mismos de siempre...no se busco un cambio a mi entender...o no se realizo.” (Entrevista 7. Pág 7).

Reflexiones finales

Al intentar reconstruir las percepciones sobre las formas de la protesta durante la crisis de 2001 los entrevistados evocan los cacerolazos, los saqueos y las asambleas barriales. Si bien no aparece una visión unánime sobre quiénes eran los que llevaron adelante los cacerolazos asume más fuerza la identificación de ésta forma de protesta con una expresión exclusiva de clase media. En esta misma asociación, aparece como contrapunto el saqueo vinculado a las

clases populares, y planteando así la oposición de la acción espontánea frente a la acción dirigida.

Por su parte, las asambleas barriales son percibidas como una alternativa válida de canalización de reclamos y como un intento de inserción del ciudadano en la vida política deliberativa. Intento que no produjo sus frutos ya que estos espacios de construcción de democracia participativa fueron cooptados –según los entrevistados– por esas viejas formas de hacer política contra las que se reclamaba.

Cacerolazos, saqueos y asambleas son los principales modos de protesta que caracterizaron la crisis de 2001, pero en las entrevistas aparece el voto como otra vía de reclamo, como una manera de expresión y participación democrática que permite hacer sentir el rechazo a un modelo y a una manera de hacer política

En síntesis, es posible pensar los acontecimientos que atravesó la sociedad argentina a fines de 2001 y comienzos de 2002 como una situación que trascendió por sus efectos: por un lado, la acentuación generalizada y perdurable de un descreimiento social frente al modo de institucionalizar lo público-político; por el otro, evidencia la capacidad de reacción del pueblo frente a lo que se percibe como ilegítimo. *“Y en la sociedad creo que la crisis nos dejó cosas que todavía guardamos...por ejemplo una sociedad más dispuesta a reaccionar cuando algo no le gusta”* (Entrevista 22. Pág.10)

Bibliografía

- Arendt, Hannah (1993) “*La condición humana*”, Trad. Ramón Gil, Barcelona, Editorial Paidós.
- Auyero Javier (2007). “*La Zona Gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*”. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores
- Cafassi, Emilio (2002). “*Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas, sobre fuego argentino*”. Buenos Aires, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires.
- Estenssorno, Maria Eugenia, “*Voto bronca o voto lucido*” en La Nación, Argentina, Miércoles 24 de octubre de 2001. Edición digital.
- García, M. (2003) “*Clases medias y Nuevas Formas de movilización social Las asambleas barriales, esas “delicadas criaturas*”. XI Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP.
- Germani Gino (1969) “*Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*”. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Herrera, María R, (2003). “*La protesta como modo de participación cívica. Los nuevos formatos de la acción colectiva beligerante en Argentina y la apertura de un Ciclo de Protestas*”. Buenos Aires. XI Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP.
- Laclau Ernesto, (2005) “*La Razón populista*” Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Locke John (2005) “*Tratado del gobierno civil*”. Buenos Aires. Editorial Claridad.
- Mangonnet, Jorge (2009) “*¿Calles llenas, partidos vacíos? Un estudio comparado de los cacerolazos del 2001 y 2008 en la Ciudad de Buenos Aires*”. IX Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP.
- Martuccelli Danilo y Svampa Maristella. (1997) “*La Plaza Vacía. Las transformaciones del peronismo*”. Buenos Aires. Editorial Losada.
- Pereyra, Sebastián (2009) *Protesta social y espacio público: un balance crítico*. Ensemble. Revista electrónica de la casa Argentina en París. http://ensemble.educ.ar/wp-content/uploads/2009/06/6-spereyra_dossier_protesta-social-y-espacio-publico.pdf
- Rapoport, Mario (2007) “*Historia económica, política y social de la argentina (1890-2003)*”. Buenos Aires, Emecé ediciones.

- Sartelli, E. (2002). *“En la recta final. El proceso revolucionario en la Argentina”*. Buenos Aires, Revista Razón y Revolución n° 9.
- Schuster, F. (2005) *“Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva”*. En Schuster, F., Naishtat, F (compiladores). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Prometeo Libros
- Schuster, F. y otros (2002). *“La trama de la crisis. Modos y formas de protesta social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001”*. Buenos Aires, Informe de coyuntura n° 3, IIGG, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Scribano, A. Schuster F (2001) *“Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura”*, en Scribano, A y otros. *“La protesta social en Argentina”*, Buenos Aires, OSAL.
- Svampa Maristella (2002) *“Las dimensiones de las nuevas protestas sociales”* Revista El Rodaballo, N° 14. Buenos Aires.